

Memoria, Historia y derechos humanos

A. KRAKENBERGER, S. ORMAZABAL
Y J. IBARRONDO

ASOCIACIÓN PRO DERECHOS HUMANOS

La historia nunca es objetiva, porque siempre la veremos a través de la subjetividad de quien la redacta. No obstante, hay dos cosas que los consumidores de Historia podemos y debemos exigir: rigor y honestidad intelectual

Pieter Gehl (1887-1966), un respetado historiador holandés, fue encarcelado en el espantoso campo de concentración de Buchenwald. En unas circunstancias tan extremas redactó su estudio –considerado ya como un clásico– ‘Napoleón, a favor y en contra’, en el que aseguraba que hay tantas interpretaciones válidas de un evento histórico como historiadores que las formulan; lo cual fue toda una postura subversiva contra el punto de vista de la historia más totalitario que imperaba por aquel entonces.

La historia nunca es objetiva, porque siempre la veremos a través de la subjetividad de quien la redacta. No obstante, hay dos cosas que los consumidores de Historia podemos y debemos exigir: rigor y honestidad intelectual. El rigor supone una investigación exhaustiva y detallada de los hechos sobre los que se centra, así como un análisis solvente, que implica no inferir necesariamente que las conclusiones que se saquen de un periodo sean aplicables tal cual a otros. La honestidad intelectual, por su parte, es una actitud personal que lucha contra el prejuicio propio y procura reflejar lo ocurrido de forma veraz.

La labor de historiadores e historiadoras es fundamental, aún más si cabe, a la hora de reflejar los distintos ejercicios de memoria que se producen tras un periodo de graves conculcaciones de derechos humanos, pues como tal contribuyen al derecho a la verdad. Sin embargo, el derecho internacional de los derechos humanos obliga a los Estados –que no a los profesionales de la Historia– a reconocer que todas las víctimas tienen derecho a la verdad, justicia y reparación sin discriminación de ninguna clase ni por ningún motivo.

El concepto de víctima tiene implicaciones legales y morales. Es, además, un concepto que se puede extender –erróneamente– a comunidades enteras, cuando las personas individuales que las componen pueden o no haber sido victimizadas. La distinción es importante, porque el reconocimiento de víctima de una grave conculcación de derechos humanos básicos genera no sólo derechos, sino también simpatía. Por eso, llama muchísimo la atención que haya casos, como en nuestro pasa-

do reciente, en que se niega la condición de víctimas a distintas personas.

Es lo que ocurre con las víctimas del franquismo. Prueba de ello es que en el título oficial de la llamada Ley de la Memoria Histórica no se hable de víctimas sino de «quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura». También resulta extraño el déficit de reconocimiento que se da a las víctimas de grupos parapoliciales o de funcionarios del Estado.

Los Principios sobre Víctimas aprobados por Naciones Unidas son una guía que deja al descubierto las asimetrías existentes en materia de verdad, justicia, reparación y, sobre todo, no discriminación, que se dan en nuestro país. En ese contexto, alarman sobremanera las tentaciones declaradas de algunos historiadores de no centrar la cuestión en la vulneración de derechos humanos que se produjo. Afirmar que detrás de los crímenes de ETA había un proyecto político concreto y articulado, y que detrás de los realizados por otros victimarios no lo había, es una afirmación cuanto menos arriesgada; sobre todo si es acompañada por la expresión ‘las otras víctimas’, como si fueran de segunda clase.

La memoria no es historia, sino una construcción subjetiva y colectiva del pasado que depende en gran medida de los sentimientos y que desempeña un papel central para comprender la relevancia que se adjudica a determinados hechos del presente. Esto se puede hacer recordando u olvidando, pues ambos son aspectos inherentes a la memoria.

La memoria es, en definitiva, un ejercicio sobre los hechos del pasado, realizado desde el presente, para intentar influir en el futuro que se quiere construir. Por ello, el papel de la Historia no debe ser el de sustituir a la memoria sino, más bien, el de ayudar –desde el rigor y el método– a la construcción de una memoria colectiva inclusiva y plural y contribuir a la formulación de un relato incluyente, basado en análisis críticos.

Orwell, en ‘1984’, afirmaba que «quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado». Afortunadamente la realidad es otra y es tozuda.

Huellas

JOSÉ FRANCISCO GARCÍA SÁNCHEZ
ARQUITECTO

Las huellas son un presagio y una premonición. Nos señalan que no fuimos los primeros. Anticipan la especie y la vida. Su presencia celebra la seguridad -y la inquietud- que otorga descubrir que un lugar ya ha sido visitado. Una marca, una señal o un surco aspiran a ser depositarios de un secreto que están obligados a compartir.

En las huellas reside la memoria activa de un lugar; y, de algún modo, anuncian su porvenir. A partir de ellas, se puede cartografiar la realidad física y emocional de un sitio. El hombre, de algún modo, tiende a reconocer su propio paisaje e inmediatamente después a dominarlo.

Estos días se cumplen 45 años de la misión Apollo 11: el primer viaje del hombre a la Luna. Neil Armstrong, una vez alunizado el módulo lunar, fue el primero en bajar y cruzar el umbral, pronunciando unas palabras mágicas: «That’s one small step for a man, one giant leap for mankind» («es un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad»). Tenía razón, ya que su huella era el más fiel testimonio de su presencia en el satélite. La dimensión simbólica de la marca de su pie izquierdo sobre la superficie lunar supera a cualquier otra imagen, incluida la bandera.

Las huellas son registros tatua-

dos sobre los elementos y son la consecuencia del encuentro simpático de la especie con el medio. También son producto de la atmósfera, el clima y la energía. A veces, esas huellas, son fruto del azar o de la costumbre; otras, resultado de la acción premeditada de la especie sobre el paisaje. Cuando el hombre domestica la Tierra, también deja un rastro sobre ella: líneas equidistantes sobre el territorio que son fruto del labrado o círculos sobre plantaciones de maíz que son consecuencia del sistema de riego. También el agua, en su distribución y almacenaje, construye vestigios. Es decir, no sólo lo extraordinario, también lo cotidiano imprime huellas sobre la Tierra: como si el esfuerzo del hombre en su afán de sobrevivir dejara una marca que así lo evidenciara al resto de los hombres. El único astronauta español, Pedro Duque, afirmó que sólo había una construcción humana visible desde el espacio: los invernaderos del poniente de Almería.

Los trabajos de artistas del land art consisten en utilizar el suelo como si fuera un gran lienzo donde expresarse, trazando líneas que otorgan un sentido al lugar convirtiendo la superficie del terreno en un gran mapa. Para el más conocido de ellos, el inglés Richard Long, la naturaleza siempre ha sido grabada por artistas: desde las pinturas rupestres has-

ta la fotografía del paisaje del siglo XX. Él también quería hacer de la naturaleza su lugar de trabajo: empezó a trabajar con otros materiales, como la hierba y el agua; y esto evolucionó hacia la idea de hacer intervenciones simplemente caminando. En ambos casos, tanto los artistas -de forma intencionada-, como los agricultores -que domestican la Tierra por necesidad- usan el plano del suelo como material de trabajo. A veces las huellas son físicas y visuales, también sonoras u olfativas; otras veces son invisibles y emocionales. Así, una idea ampliada del término nos hace entender cómo el repicar de una campana también es una huella sonora en el aire. O el rumor del agua y el olor a azahar anticipan la presencia de un patio en Andalucía. O el recuerdo.

¿Puede la humanidad producir sin que nuestros actos dejen testimonio? La obra humana se produce inevitablemente legando huellas, señales y marcas inteligibles por nuestros semejantes, y cuya ‘heredera universal’ es la propia humanidad. Nuestro crecimiento lleva consigo el desgaste de los elementos. A veces, sin embargo, esas marcas se intentan ocultar: así le ocurre al saltador olímpico cuyo deseo definitivo es que su huella, al entrar en el agua, desaparezca. Y jamás lo consigue.

Cerrado por vacaciones

JOSÉ SERRANO
VICEPRESIDENTE 2º ASAJA - ALMERÍA

Esta es probablemente una de las frases que más podremos encontrarnos en los próximos días, llegado el mes de agosto comienza el período vacacional para muchos, pero no sucede así en el campo. Nosotros, los agricultores y ganaderos, no tenemos descanso pues nuestras cosechas deben seguir su curso y nuestros animales necesitan cuidados. Este sector no tiene vacaciones.

Además tenemos ante nosotros grandes incertidumbres y preocupaciones que tampoco nos permitirían relajarnos, ¿se han parado a pensar cuál es la situación de los agricultores almerienses a los que se les están secando las plantaciones? ¿En el gasto que tienen que hacer los ganaderos para poder seguir alimentando a sus animales? ¿En cómo tienen que apañárselas

los apicultores? ¿En el trabajo que tienen por delante aquellos a los que el granizo destruyó su cosecha justo antes de iniciarse?

A pesar de la situación que tenemos encima debido a la falta de lluvia y a las previsiones de escasez que se nos avecinan, muchos se marchan para tomar un descanso, no voy a ser yo quien juzgue si merecido o no, a pesar de tener asignaturas muy serias pendientes. Cuando era pequeño e iba a la escuela si no me había portado bien durante el curso en el verano tenía que recuperar y prepararme para poder sacar la asignatura adelante en septiembre.

Por eso desde ASAJA-Almería quisiera hacer una oferta a todos quienes tienen algo que decir (aquí en Almería, en Sevilla y Madrid) y por supuesto algo que hacer, les animo a visitar nuestros pue-

blos y zonas rurales, esas que se están secando y que dependen de lo que la tierra ofrece para que vean con sus propios ojos cuál es la situación en nuestra provincia, que vean los árboles secos, los campos sin pastos ni animales, y que hablen con los agricultores y ganaderos, con los vecinos, y puedan así juzgar con conocimiento de causa.

Espero de verdad que este tiempo de descanso les permita después volver con energía y ganas de trabajar y ayudar a este sector, con urgencia, como venimos reclamando desde hace meses mientras escuchamos el «se está estudiando». En esta ocasión les ha salvado la campana porque el curso acabó para algunos de ustedes, pero piensen en que cuando vuelvan estaremos con el examen preparado y dispuestos a poner nota.